

El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XL Zaragoza, 3 Febrero 1938.-El Año Triunfal Núm. 914.

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

—ooo—

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1, Almacenes del Portillo.

SALUDO A FRANCO: ¡ARRIBA ESPAÑA!

les de la Tierra, con sus mares, sus montes y rios, sus animales, sus plantas, sus riquezas todas.

El Señor también de la Humanidad.

Luz de todas las inteligencias.

Dueño de todos los corazones.

Vida y calor de toda vida...

Lo natural era que el hombre se postrara en tierra lleno de gratitud en acto de adoración sublime. Pero ha sido preciso (¡qué vergüenza!) que Dios le diga que es ¡más que los animales y las plantas...! más que el escarabajo y el cocodrilo de Egipto, más que el sol, más que los ídolos...

Jesús dijo que le habían de amar más que al padre y a la madre.

Dios ha dicho: "Mías son todas las cosas".

Es Amo también del tiempo, por tanto.

El ha hecho el mundo en seis días y el séptimo descansó.

Quiere que el hombre trabaje seis días para satisfacer sus necesidades, pero el séptimo día quiere Dios que lo consagre a El.

Es día del Señor.

Día de Dios.

Día sagrado.

Día divino.

"Y habló el Señor todas estas palabras".

Acuérdate de santificar el día del sábado. Seis días trabajarás y harás todas tus haciendas, mas el séptimo

día sábado es del Señor tu Dios: no harás ninguna obra en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra y el mar, y todo lo que hay en ellos, y descansó en el séptimo día: por esto bendijo el Señor el día del sábado, y lo santificó" (1).

Dios quiere que sus hijos piensen en El y le amen siempre. Sabe que se distraen fácilmente en las cosas del mundo y para que le acaten y reverencien debidamente y no lleguen a olvidarse de El, manda que cesen todos los trabajos, que se detenga el trajín de la vida para ocuparse sólo en Dios.

Y detalla minuciosamente: ni tú, ni tu hijo, ni el esclavo, ni aun los animales, ni el extranjero.

Todo en descanso, silencio sagrado. Es el día de Dios. El mundo es templo y el hombre adora a Dios, recuerda sus beneficios, le pide su gracia. ¡Qué grandeza, qué hermosura, el día de Dios!

Dios no lo deja al arbitrio del hombre.

Es una necesidad para el hombre, pero es también un derecho de Dios. Por eso ¡ay de aquel que profane ese día!

"Y habló el Señor a Moisés di-

(1) Ex. XX, 8, 9, 10, 11.

El día del Señor

El Señor había dicho: "Amarás al Señor tu Dios sobre todas cosas".

Dios es el primero; Dios es el Señor, es decir, el Amo.

¿Y era preciso que Dios mande que le amen más que a otra cosa?

¿No bastaba que el hombre conociese a Dios para que le amase con delirio?

Dios es el primero.

¿Puede, siquiera, establecerse comparación ni relación alguna?

Dios es el Creador. El ha hecho todas las cosas. Es el Amo absoluto del Universo, de sus estrellas, y so-

ciendo: Habla a los hijos de Israel y les dirás: Mirad que guardéis mi sábado, porque es la señal entre Mí y vosotros... para que sepáis que Yo soy el Señor que os santifico. Guardad mi sábado, porque santo es para vosotros; el que lo profanare será matado. Quien trabajare en sábado perecerá. Seis días trabajaréis, mas el día séptimo es sábado, descanso consagrado al Señor; todo el que trabajare en este día morirá. Guarden los hijos de Israel el sábado y celebrarlo todos sus descendientes. Es pacto eterno" (1).

¿Qué menos podía exigir Dios que un día en la semana?

¿Qué otra pena podía señalar a los profanadores del día santo?

Y ha declarado Dios que la santificación de ese día es la *señal* del pacto entre El y los hombres, es decir, la expresión del homenaje que Le es debido y que El exige; la prueba del acatamiento de su soberanía.

Quebrantar el día festivo es, pues, acto de profanación sacrilega, es desacato y rebeldía pública contra Dios. Y el hombre no ha respetado el día de Dios. No un individuo aislado, pueblos enteros, naciones, el mundo ha profanado el día santo. La burla nefanda se ha arraigado en las cos-

(1) Exod XXXI, 12, 13, 14, 15 y 16.

tumbres y en las leyes. Días, años, siglos... de insulto, de desprecio, de provocación horrenda a Dios.

Es verdad que ahora no se abren los comercios, talleres y fábricas...

Pero no es la *señal* entre Dios y su pueblo. El mundo no descansa; el tráfico no cesa en la gran industria y en la circulación.

El *domingo*, que quiere decir *día del Señor* (designado por los apóstoles en lugar del sábado), no es *día de Dios*.

Un número reducido de cristianos acude a la iglesia y se consagra a la vida del espíritu.

Para la inmensa mayoría de la humanidad el *domingo* es día de holganza y de expansión; para muchos, peor aún, día de libertinaje, día de escándalo y de pecados.

¿Y puede extrañar que Dios descargue su cólera contra esta humanidad insensata y paganizada?

TOMÁS

Lengua sucia, alma mala

Preguntáronme un día con cierto retintín: ¿Cómo está Eulalia? No supe qué decir.

[Eulalia] pues no sabía que estuviera mala. Fui a su casa y estuve para verla un par de horas bien largas, y en todo el rato recorrió afanosa, toda la vecindad, casa por casa. Y con su lengua viperina y sucia no dejó cosa sana.

Después de haberlo envenenado todo, envuelta en sangre y de basura harta, aún la vi relamerse los hocicos de gusto que le daba.

Cuando al día siguiente preguntaron: —¿Qué sabes, Julio Ascanio, de la les contesté al momento: [Eulalia?]

—No está enferma la pobre, es que [ella es mala].

Lleva la lengua sucia como un trapo, pues con ella pica, friega y lava.

Su lengua es un cuchillo de dos filos; hace daño, mas no se va sin nada; es verdad que ella muerde y envenena cuanto a su lado pasa;

mas deja el agujón, como la abeja, y la herida la mata.

Yo he leído en un libro bueno y un refrán que no falla: [viejo

"Todo aquel mal que a los demás hi- [cierres, espéralo que volverá a tu casa".

JULIO ASCANIO



TRIBUNAL BARATO

—¡Señor!

—¿Qué te ocurre, Macario?

—Pues, qu'hi tenido una idea mu güena, que s'ha d'alegrar usted mucho.

—Tú dirás.

—No hi pegau un ojo en toa la noche.

—Bien, y qué.

—De lo que dijo el otro día de la blasfemia.

—Pero bien, ¿qué quieres decir?

—Que m'adolecia de velo a usted

caviloso y hi dicho, aún se va a poner malo, tanto dale a la cabeza; y luego el probecico Nuestro Señor, que tiene que penar muchísimo con tanta blasfemia y tanto pecau. Y hi dicho, hay qui acabar con esto di una vez y pa siempre. Y m'hi echau a pensar y me mordía el dedo gordo, como hacía mi agüelo el tío Blas, qu'en pa escanse, qu'era mu agudo, qui usted aún s'alcordará, gordo, pequeñico, pero mu tieso, y s'echaba cada trago

e vino... y estonces es cuando más labia tenía, que había que sentilo.

—Pero bueno, ¿qué es lo que has pensado para acabar con la blasfemia?

—¡Ah, sí! que m'hi ido a utra cosa. Pues mu sencillo. Si fuá ray, al que le sintiera decir un juramento, en menos que canta un gallo, le cortaba el cuello, y na más, y yo li aseguro a usted que no golvía a decir más barbaridades.

—Pero como no cres rey...

—Eso es lo que siento. Ascape se acabarían las blasfemias y nos quedaríamos bien anchos. Y si yo pudiera aunque fuera un poquico menos que Dios, no m'acontentaría con un diluvio, días y días venga a llover; los mataría a todos de repente, que bien lo merecen.

—No digas barbaridades. Tú ni nadie puede dar consejos a Dios, que es la Sabiduría infinita. Dios, por eso que es Dios, es también Amor infinito y no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Dios ha llegado hasta a dar la vida por nosotros; nos ha hecho sus hijos y tiene que portarse como Padre.

—Y que quíe usted, que por ser Padre se deje insultar?

—De ninguna manera; al contrario, hay que amarle más.

—No conoce usted lo qu'es esa gentuza. Son como diablos. Yo, miusté, pa qué andar con arrodéos, un ga-

rrotazo güeno detrás de las orejas y se acabó.

—Pero eso no se puede hacer.

—Déjese usted estar, al que le arrea-se yo un garrotazo li aseguro que no golvía a blasfemiar más. Vaya usted con contemplaciones; miusté lo qui han conseguido tanto predicar y dicilo en El Eco... y to los papeles... La gente hay qui hacela andar drecha comuna vela a garrotazo limpio. Lo emás es perder el tiempo.

—Tilin, tilin...

—Anda, que llaman.

—¿Se pué pasar?

—¿Da usted su permiso?

—¿El señor Mago...?

—¡Adelante, adelante! ¿Vienen ustedes en comisión?

—Hemos coincidido, venimos con el mismo objeto y por eso pasamos juntos.

—¿Y qué se les ofrece?

—Pues miusté; qu'himos leído en el *Macario* lo de la blasfemia y tiene usted mucha razón; qu'es una vergüenza, eso d'echar a Dios por tierra. Eso no es de extrañar que l'hagan los rojos, que matan a los curas, y queman las ilesias y tiran pol suelo a Nuestro Señor, que cuasi m'hace llorar lo qui han hecho en nuestro pueblo y en cuasi toos. Pero entre nusotros no pué ser. Himos de ser di otra manera, himos de querer a Dios y himos de acabar con to los pecaus. Ahura tol mundo quié la religión y los que mandan los primericos, que ya es hora que daran güen ejemplo. Porque el probe se mira mucho al di arriba. Y si el di arriba va bien too va bien. Y ahura que los que mandan van bien, pues que pongan güenas multas al que blasfemie, qu'eso es lo qu'escuece. Que lo dicen sin pensar, que se les escapa, que lo dicen sin malicia... A mí que no me vengán, que si les echasen güena multa, y a la segunda vez, doble; y a la tercera, más, pues que s'acabaría la blasfemia en un instante. Nusotros himos sido probes pero honraus y mucha crianza, no nus ha sintido naide una mala palabra ni labrando, ni con el carro, ni naa. ¡Güeno era mi padre!

—¿Y usted qué me dice?

—¡Señor Mago! que estoy apenado, avergonzado de mi pueblo y de mis paisanos. No lo digo esto en ninguna parte, pero aquí me desahogo, delante de usted. Soy de Aragón, y me siento orgulloso de su historia, de su nobleza, de la grandeza de su alma. Me parece que no hay en el mundo un alma tan grande como la del español, y en España nadie gana a Aragón; abnegación de espíritu, valentía hasta el heroísmo, generosidad, corazón... y junto a esa gran

deza la blasfemia soez, lenguaje tabernario... ¡Qué basto, qué grosero y zafio me parece todo eso! Esto nos degrada ante el mundo culto, perdemos el buen concepto en el extranjero y nos miran como rezagados en la civilización. Hay que acabar a todo trance con eso. Hacemos un mal papel y no contamos entre las grandes potencias. Por otra parte el lenguaje es la expresión más clara de cultura. Hemos de procurar un lenguaje limpio y bello, que no repugne sino que inspire simpatía. El lenguaje es también molde del pensamiento y del sentimiento. Si enseñamos a hablar bien, enseñaremos a pensar y sentir bien. Por eso son de la mayor importancia las Ligas del buen lenguaje, que han hecho una propaganda tan intensa despertando el buen gusto y el sentimiento artístico y depurando el ambiente, haciendo resurgir el sentimiento de lo bello que hace repulsivo lo feo, lo mismo en el orden físico que en el moral, elevando el espíritu hasta Dios, que es la suprema belleza. ¡Créame usted, señor Mago!, padezco, siento náuseas en este ambiente de ordinariéz, como si me encontrase en una tribu primitiva.

—¿Y usted?

—Soy maestro, señor Mago, y tantos años dedicado a la enseñanza, me han enseñado a conocer un poco más el hombre. Desde luego hago más las palabras de estos señores. Hay que acabar con la blasfemia; pero no soy tan optimista en la eficacia de los remedios propuestos. Los juzgo muy útiles, pero sé por experiencia lo que cuesta formar un alma, la labor lenta de la educación; y lo difícil que es transformar al hombre; por inercia, por terquedad, por soberbia, por inhibición, por resistencia orgánica además de las dificultades psíquicas y de índole moral. Creo que hay que ir a formar el niño en el lenguaje respetuoso y culto y aun religioso; la vigilancia, la repetición de actos, castigos oportunos y moderados, y el ejemplo del maestro y sobre todo, de los padres y superiores, harán posible y fácil una nueva generación en que no se oirá la blasfemia, antes al contrario, el lenguaje correcto, limpio y cristiano.

—¿Y ustedes?

—Mire usted, somos marido y mujer; en nuestra casa no se ha oído nunca una blasfemia; himos dau siempre buen ejemplo a nuestros hijos, pero no nos hacen caso; ahura no se respeta a los padres: aprenden mejor lo de la calle, lo del taller, lo del bar, lo del café, lo del cine...; los padres tenemos mucho que padecer viendo cómo nos salen los hijos a pesar de criarlos con todo el cuidado del mundo.

—Os he oído a todos con mucho gusto, porque todos tenéis un vivo deseo de que se acabe la blasfemia y precisamente representáis sectores

distintos del mundo social y así veis cada uno el problema desde vuestro punto de vista particular.

Estamos todos conformes en que **HAY QUE ACABAR CON LA BLASFEMIA A TODO TRANCE**, y por tanto es preciso echar mano de todos los recursos necesarios para conseguirlo.

Hay que acorralar al monstruo, hay que rodearlo por todos los sitios sin dejarle el menor escape. Todo es preciso, ningún medio recto es despreciable. Pero ante todo hay que elevar la mirada hasta Dios para enfocar bien el problema.

La blasfemia es un pecado, el pecado más horrendo. Queremos que desaparezca la blasfemia porque es un pecado. Dios castiga terriblemente la blasfemia porque es un pecado monstruoso. Lo demás no nos interesa.

Dios no ha establecido su Ley divina como norma de arte, ni de cultura, ni de buenos modales, ni estilo académico, sino como RELIGION. Dios castiga el pecado porque le ofende. No le interesa a Dios un lenguaje más fino o más basto; ni nos ha de preocupar lo que piensan los monopolizadores de la cultura. Lo que nos importa es el honor de Dios, *que el nombre de Dios sea bendecido*. El motivo, pues, de la lucha contra la blasfemia es que es un pecado, es lo esencial; lo demás nos tiene sin cuidado.

Los que combaten la blasfemia porque *no está bien*, porque *es signo de incultura*, porque *es de mal gusto*, esos mil medios y frases en que se tiene miedo de salir por el honor de Dios; sigan su camino, si les place; no hacen la causa de Dios. Esa es sin duda la causa del escaso fruto de la campaña contra la blasfemia. Dios no toma parte, está al margen del empeño.

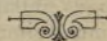
No hace mucho se intentó una campaña contra la blasfemia que fracasó al nacer. En los carteles se decía en primer lugar: "La blasfemia es el mayor pecado", pero se hubo de quitar; ¿les parecía anticuado hablar del *pecado*? No es de extrañar que Dios no hiciera caso de aquel movimiento.

—¿Pero usted cree que es bastante decir que la blasfemia es pecado?

—No digo eso. Digo que Dios no bendecirá otros motivos ajenos a la Religión. Y siendo esto lo más grande hay que apelar a todos los recursos.

Volved otro día y hablaremos.

EL MAGO



Una mirada a la tierra

El "Aceite de Piedra"

Deteníamos últimamente nuestra mirada sorprendida en las entrañas negras de la Tierra. Observábamos llenos de admiración el "carbón de piedra" que el hombre ha pisado indiferente durante miles y miles de años sin sospechar el tesoro que asomaba a veces por las laderas del monte como ofreciéndose al servicio e industria humana.

Contemplábamos con asombro la riqueza casi infinita acumulada, y llenos de emoción y gratitud, adorábamos la providencia de Dios, que preparó al hombre, con esa prodigalidad divina, ayuda tan abundante, fácil y múltiple.

Aún ha ocurrido más con el "aceite de piedra".

Desde los tiempos más remotos ha visto el hombre primitivo un manantial fétido en la próxima ladera. Así lo conocieron sus antepasados. Seguramente fué lo que movió al jefe de la tribu a alejarse de aquel lado del frondoso valle. Desde aquel punto el riachuelo riente que riega sus prados y brinda sus aguas frescas y limpias al poblado humilde, cambia por completo, al recibir en su seno el "aceite de piedra". ¿Quién beberá de aquella agua nauseabunda? Hasta la naturaleza aparece enfermiza y se empobrece y muere.

¿No parece algo maldito? No es extraño que surgieran interpretaciones supersticiosas de genios maléficos sobre aquel aceite que brotaba de las piedras.

Y así corrió el tiempo y fluía el sucio y repugnante líquido como una exudación eliminadora de la Tierra.

Alguna vez la tea que alumbraba el camino prendió fuego al manantial y se extendió el incendio pavoroso por el valle arrasándolo todo como una maldición. Desde entonces aquel manantial se miraba con terror supersticioso.

Andando el tiempo aprendieron a observar las precauciones necesarias de tan gran peligro y hasta llegaron a utilizarlo de un modo rudimentario. Fué ya muy mediado el siglo pasado cuando se comenzó a conocer su utilidad y a emplearse en la economía doméstica.

Se vió que ardía con llama brillante y se pensó en sustituir el aceite del candil por el líquido espeso del manantial. Quizás por eso se le llamó "aceite de piedra", que es lo que significa la palabra "petróleo".

El aceite no es inflamable, el petróleo lo era muchísimo y esto hizo imposible su empleo; pero cuando se aprendió a separar los productos vo-

látiles se tuvo un petróleo que no se inflama y de una abundancia ilimitada y su baratura le permitía emplearse en infinidad de casos y daba margen a ganancias fabulosas y a multitud de compañías explotadoras de diversos países.

Desde entonces no han cesado los buscadores de petróleo, y este producto, llamado "el oro negro", ha llegado a ser el más codiciado del mundo.

Ha enriquecido multitud de países y ha transformado regiones enteras implantando e impulsando nuevas industrias.

Ya no es el manantial que aflora inmundo en el valle o en el lago de la muerte. Como en los pozos artesianos se perfora el terreno y surge luego impetuoso el manantial, a veces a 50 y 60 metros de altura, formando al pie un lago del preciado mineral. A su lado están las factorías, las destilerías, las fábricas diversas, los ferrocarriles y barcos petroleros, el comercio, la banca, la ciudad nueva, derramando por el mundo miles y miles de barriles diarios y trenes de los más variados y útiles productos.

Y esto en el Caspio y en Galitzia. Canadá, Pensilvania, Méjico, Venezuela..., en incesante trajín distribuidor del flujo continuo que regala la Tierra.

¿Qué abundancia loca! Y no hay más que cogerlo.

Pero la necesidad y la inteligencia han sabido ver en el petróleo un combustible barato y cómodo y lo ha introducido en los barcos desplazando al carbón y transformando la marina y haciendo del mero combustible un elemento imprescindible para la seguridad militar de los pueblos, hasta el punto de que todos han de contar en su territorio con pozos de petróleo o con Estados amigos que lo posean; y eso es lo que ha acuciado las inteligencias para producirlo artificialmente los que no lo tienen de la naturaleza.

Pero la riqueza de la Tierra nos lleva siempre de sorpresa en sorpresa. La destilación y el estudio de aquel producto peligroso y dañino ha ido descubriendo una serie de sustancias que han creado nuevas transformaciones de la vida humana; baste saber que del petróleo se obtienen las gasolinas, lubricantes, vaselinas, parafinas y cerasinas.

¿Qué generoso se muestra Dios, qué rico y opulento!

JUAN DE LA CRUZ

ADVERTENCIA
IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERA, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los

Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio.

D. Nicolás Goñi, San Sebastián; D.^a Carolina Navarro, Vitoria; doña Luisa Caballero, La Parra (Badajoz); D. Leandro M.^a Cañada, Pamplona; Rvda. Superiora del Hospital, Cervera del Río Alhama; D. Isidro Martínez, La Muela; D.^a Carolina Revilla, Burgos; Srta. Angelita Aragón, Viana; D. Ramón Jiménez, Huelva; Sor Petra Medina, Segovia; doña Anita Simón, Valladolid; D.^a Dolores Fernández Herruela, Oropesa; doña Concepción Falcón, Tarazona; Rvda. Superiora del Colegio de Santa Ana Barbarin; D.^a Antonia Conesa, de Mainar.

Para vacaciones.

Para el campo.

Para el descanso.

LECTURAS AMENAS.
LECTURAS PIADOSAS.
LECTURAS EDIFICANTES.

La Eucaristia y la Comunión diaria; por el M. I. Sr. D. Juan Buj. 2 pesetas.

La Bruja Blanca; por el M. I. Sr. D. Juan Buj. 2'50 pesetas.

Desde mi Cartuja y Desde mi Tebaida; por Nardo.

Memorias de un socialista; por Julio Ascanio, 5.^a edición. 0'60 pesetas.

Las aventuras del Diablo; por Julio Ascanio, con inspiradas ilustraciones. 2 ptas.

"EL ECO DE LA CRUZ" es un auxiliar del Párroco para la propaganda en la Parroquia, etc.

Tip. Gambón.—Canfranc, 3.—Zaragoza